SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA MAMÁ POLÍTICA

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN



TERCERA EDICIÓN

MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1899

LA MAMÁ POLÍTICA

LA MAMÁ POLITICA

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 30 de Noviembre de 1875

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1899

Madre mía: Acepta la dedicatoria de esta comedia como una prueba más del entrañable cariño que te profesa tu hijo

Miguel

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CLARA........................	SRA. VALVERDE.
LUISA..............................	SRTA. GENOVÉS.
DOÑA JUANA........................	SRA. CALMARINO.
ÁNGEL..............................	SR. MARIO.
EL DOCTOR.........................	ZAMACOIS.
MANUEL............................	AGUIRRE.
UN CRIADO.........................	LARA.

La escena en Madrid, época actual

NOTA IMPORTANTE

PARA LOS DIRECTORES DE LAS COMPAÑÍAS DE PROVINCIA

Los papeles de *Doña Clara* y *Ángel* deben repartirse á la primera dama y al primer galán respectivamente.

ACTO PRIMERO

Sala baja en un hotel del paseo de la Castellana. Dos puertas á cada lado. Otro en el foro derecha, y á la izquierda ventana baja con antepecho, por la cual se vé el jardín.—Muebles elegantes.—Velador en el centro y dos divanes.

ESCENA PRIMERA

ANGEL, que sale por la izquierda (1).

Nada, no he podido dormir ni un solo momento, y despierto y todo he tenido pesadillas. ¡Cuando digo que esto va á costarme una enfermedad! Sí. Yo no estoy bueno, siento así como calentura. (Se sienta.) Yo me tengo la culpa, por ser débil, por no tener carácter; me está bien empleado. (Levantándose de pronto.) ¿Qué necesidad tenía de todo esto? Ninguna. Con haberme opuesto á que viniera estaba todo arreglado. Pero no: cedí á sus indicaciones, me pareció un deseo natural, no quise darle un disgusto y me lo paso yo solito. ¡Dios quiera que mi complacencia no tenga funestos resultados! (Se acerca á la ventana. De espaldas á la puerta por donde sale Luisa de puntillas.)

---

(1) Entiéndase por derecha é izquierda, la del espectador.

ESCENA II

DICHO, LUISA, que se acerca á la puerta por donde salió Angel, y escucha.

LUISA Nada, está durmiendo. Se empeñó en no ir, y no va. ¡Qué tercos son los hombres!

ANG. (viéndola.) ¡Luisa)

LUISA ¡Ay que susto me has dado!

ANG. ¿Te has asustado de veras? ¿Quieres agua? ¿Quieres algo?

LUISA ¡No, hombre, no, no es para tanto; pero creí que estabas en la cama y me ha sorprendido verte aquí! No sabes cuánto te agradezco que te hayas levantado. Me das un placer muy grande. Ya sabía yo que complacerías á tu mujercita en una cosa que era tan natural.

ANG. (¡Dios mío!)

LUISA ¡Eres muy bueno! Anoche, cuando te negaste á acompañarme hoy á la estación, me diste un disgusto. Al fin te has convencido y lo celebro. Ya ves, era ridículo que no bajases á esperarla. ¿Qué diría?

ANG. Pero si...

LUISA Nada, no tenía disculpa el negarte; tú mismo lo conoces, y buena prueba de ello es haber hecho el sacrificio de levantarte á las diez de la mañana. Yo le diré á mamá todo lo que te cuesta el despertar antes de las doce, para que te lo agradezca. ¡Pero todavía estás sin vestirte! Son las diez y el tren llega á las once. Anda, vé á arreglarte. ¡Cuánto te agradezco el que me hayas complacido! (Empujándole suavemente hacia su cuarto.)

ANG. Oye, Luisa, oye, hija mía; estás en un error. No me he levantado por ir contigo...

LUISA ¿Cómo?

ANG. No puedo ir, estoy malo.

LUISA ¿Malo? ¿Qué tienes? ¿Quieres tomar algo?

ANG. No te asustes, no es para tanto Pero me siento mal; no he podido pegar los ojos en toda la noche, y estoy algo calenturiento.

LUISA ¿Calenturiento? ¡A ver! (Le toca la frente y le toma una mano.) ¡Quiá! ¡Si no tienes calor! Es aprensión. Vístete y ven conmigo; el paseíto en coche te sentará bien. Anda.

ANG. No, de ningún modo; te digo que me encuentro mal.

LUISA En ese caso yo no voy tampoco.

ANG. ¡Pues no faltaba más! Estaría bonito que llegase tu madre y no viese á ninguno de nosotros en la estación. Vete, que yo aquí me quedo; á ver si se me pasa esto... puede que no sea nada. Vé tranquila. Esto debe de ser del insomnio, de la mala noche... Cualquier cosa. Pero el caso es que no me siento bien.

LUISA Ya me has puesto en cuidado.

ANG. ¡No seas tonta! Si no es nada... ya verás, cuando vuelvas me encuentras bueno.

LUISA ¿Has tomado chocolate?

ANG. No.

LUISA ¡Pués eso es lo que tienes, debilidad! ¡Al diablo se le ocurre no haberse desayunado todavía! (Toca el timbre.)

ANG. Si no tengo gana.

LUISA No importa, lo tomas sorbido.

CRIADO ¿Qué mandan ustedes?

LUISA El chocolate para el señorito. Pronto. (Vase el criado.) Así lo tomas, te vistes en un momento y nos vamos juntos.

ANG. No, Luisa; no te empeñes en eso. Estoy mal, no salgo. Anda, vé á esperar á tu madre.

LUISA Bueno, hombre, ya voy. Pero antes voy á rogarte una cosa.

ANG. ¿Qué quieres?

LUISA Que no se te vaya á escapar decirme delante de ella *tu madre.*

ANG. Bueno, lo tendré presente.

LUISA Vamos á ver, ¿cómo vas á llamarla?

ANG. ¿Yo?

LUISA Sí.

ANG. La llamaré... ¿cómo quieres que la llame?

LUISA Mamá.

ANG. Esta bién: mamá.

LUISA Pero no *tu mamá,* sino *nuestra mamá,* porque al fin ella es nuestra madre.

ANG. Eso no; lo que es mía...
LUISA Bien, hombre, tu mamá política.
ANG. (¡Política! ¡Así será ella!)
LUISA Conque no se te olvidará?
ANG. Descuida.
LUISA Y ya verás como no pasan muchas horas sin que la quieras tanto como yo. ¡Es tan cariñosa y tan buena! ¡Mamaíta mía!
ANG. (¡Mamaíta!)
LUISA Vaya, me marcho, no llegue tarde. ¿Te sientes mejor?
ANG. Sí, parece que estoy algo más... Pero no estoy bien.. Oye, para que no extrañe que deje de ir á recibirla, díselo así á tu ma... ¡A ma... má... á mamá! ¡A mamaíta!
LUISA ¡Hombre, qué trabajo te cuesta! Pero ya te acostumbrarás.
ANG. ¡Ya lo creo!
LUISA Hasta luego. (Haciéndole una caricia.)

ESCENA III

ANGEL. Después el CRIADO.

ANG. ¡Ay Dios mío! ¡Dios mío! Yo no voy á poder fingir. Va á conocerme en la cara que la aborrezco, no podré remediarlo, y esto será un semillero de disgustos. Luisa se empeñará en que la quiera como si fuese mi madre. ¡Mi madre! Madre no puede tenerse más que una y yo... ya la perdí. (Se sienta apoyando la cabeza entre las manos.)
CRIADO (Con el chocolate.) Señorito, ¿va usted á tomarlo aquí ó en el comedor?
ANG. ¡Esto es horrible!
CRIADO ¿No quiere usted el chocolate, señorito?
ANG. (Levantándose.) Y yo sucumbiré... ¡Está claro!
CRIADO No señor, está regular.
ANG. (Reparando en él.) ¿Eh? ¿Qué quieres?
CRIADO Aquí está el chocolate. ¿Dónde lo pongo?
ANG. Déjalo ahí; déjame. (El Criado lo pone sobre el velador y se va.) Estoy por marcharme antes de que llegue... así retardaré el momento de conocerla. Sí, voy á dejar escritos á

Luisa cuatro renglones diciéndole que me voy á almorzar con cualquiera. No, eso no; se incomodaría, y con razón. Le diré que un negocio urgente... que me han avisado... ¡Justo! ¡Un negocio! El negocio me salva. ¡Benditos sean los negocios! (*Va al velador, y mientras habla, distraído, moja repetidas veces la pluma en la jícara del chocolate.*) Luisa va á conocer que es un pretexto y su madre lo sospechará de seguro... y este será el primer motivo de disidencia... No importa; al fin y al cabo ha de haber alguno... cuanto más pronto mejor. Decididamente me voy á almorzar, á almorzar tranquilo... acaso por la última vez de mi vida. (*Escribe.*) ¿Qué es esto? ¡Dios mío, si estoy escribiendo con chocolate! ¡Yo voy á volverme loco! (*Toca el timbre.*)

CRIADO ¿Qué manda usted?

ANG. Llévate eso.

CRIADO (¡Calle! ¡No lo ha tomado! Decía que estaba claro y parece tinta. Me lo tomaré yo.) (*Vase.*)

ANG. Y se me está ocurriendo ahora: ¡qué bueno fuera que después de todos mis temores resultase una suegra modelo, una buena señora! Pero no, será como todas. Es la única regla que no tiene excepción.

MAN. (*Dentro.*) No necesito que me anuncies.

ANG. ¡Manuel!

ESCENA IV

ANGEL. MANUEL en traje de mañana

MAN. ¡Hola, joven!

ANG. ¿Tan temprano por aquí?

MAN. Salí á dar una vuelta por el Retiro, y de regreso se me ocurrió venir á despertarte. ¿Cómo tú levantado á estas horas? ¿A qué se debe este milagro?

ANG. No podía dormir...

MAN. ¿Y Luisa?

ANG. Buena; ha salido.

MAN. De compras, ¿eh?

ANG. No.

MAN. Chico, ¿estás malo?
ANG. No.
MAN. ¿Has tenido escena doméstica? ¿Ha empezado el cuarto menguante de tu luna de miel?
ANG. No.
MAN. Me marcho.
ANG. ¡Que te vas! ¿Por qué?
MAN. Veo que tienes poca gana de conversación, y te dejo.
ANG. No, no te vayas; te necesito. Siéntate.
MAN. Ya estoy sentado; habla.
ANG. Vamos á ver. ¿Por qué me casé yo con Luisa?
MAN. ¡Hombre, me hace gracia la pregunta! Porque te enamoraste de ella; porque es una muchacha muy bonita y muy bien educada y muy buena y muy digna de...
ANG. No es eso, no es eso, no es eso.
MAN. ¡Que no es eso Luisa!
ANG. No, hombre, no Me casé con ella, ó mejor dicho, me enamoré porque creí que no tenía madre.
MAN. La manía de siempre.
ANG. Escucha y calla. Cuando la conocí vivía con sus tíos; supuse por esto que era huérfana y dejé crecer mi pasión de tal manera, que cuando supe que su madre vivía ya no pude desarraigar de mi pecho aquel amor, y me casé... á pesar de la madre.
MAN. Todo eso lo sabía ya; nada nuevo me dices. Pero no comprendo qué tenga que ver con...
ANG. ¡Ah! ¡No lo comprendes!
MAN. En verdad que no. (Angel pasea agitado.)
ANG. (Parando de pronto.) Hoy llega. (Sigue andando.)
MAN. ¿Quién?
ANG. ¡Mi suegra!
MAN. ¡La madre de Luisa!
ANG. ¡Claro! ¿Quién ha de ser mi suegra sino la madre de mi mujer? Pues bien; hoy viene, acaso ha llegado ya, tal vez no tarde media hora en asomar por esa puerta.
MAN. Bien, ¿y qué?
ANG. ¿Cómo y qué? ¿Es decir que te parece cosa

de poco más ó menos la llegada de un enemigo semejante? ¡Ay, Manuel, Manuel, cómo se conoce que no te has casado! Yo vivía feliz..

MAN. Ya, vamos; tú vivías feliz é independiente y hoy te abres á tu suegra incautamente.

ANG. Por Dios, déjate de bromas, y escucha. Yo vivía feliz cuanto puede serlo un hombre: la mamá de Luisa no pensaba venir por acá; Luisa tenía proyectado que fuéramos á verla en el otoño, pero no pasaba de un proyecto. Yo sabía que su madre no podía venir, porque sus padecimientos le obligan á vivir en un clima templado, el cual es, felizmente, poco saludable para Luisa. En una palabra: contaba con una suegra asegurada á ochenta leguas. Sólo con mi mujer era dichoso; había logrado hacer de mi casa un paraíso; pero faltaba la serpiente... y hoy llega.

MAN. (Riendo á carcajada.) ¡Ja, ja, ja! ¡Estás delicioso, hombre, delicioso!

ANG. ¡Ah, te burlas! ¡No respetas mi dolor! Eres un mal amigo.

MAN. No seas necio, y sirva tu buen sentido para no ser víctima de esa ridícula preocupación que hace de la suegra un ser punto menos que infernal.

ANG. ¡Ah! Tú no crees...

MAN. Yo no creo tonterías.

ANG. ¡Tú, autor dramático, novelista, que te precias de conocer el corazón humano, no has estudiado el de las mamás políticas!

MAN. Calla, infeliz, calla. Tan lejos estoy de creer lo que la generalidad, que ahora precisamente me ocupo en escribir una comedia para defender á las suegras.

ANG. ¡Valiente silba te van á arrimar los yernos!

MAN. Es posible, si la comedia me sale mal; pero si es buena, cumpliré con ella el deber de rehabilitar á los ojos del público á ese miembro de la familia, tan calumniado por todos.

ANG. Sí, y te arrojarán una corona, en cuyas cintas dirá, con letras doradas: «Al defensor de las suegras, una serpiente agradecida.»

MAN. Vamos, veo que he logrado ahuyentar tu mal humor.

ANG. No, Manuel; el corazón me dice que me amenaza una desgracia próxima.

MAN. Cálmate, hombre, cálmate. Estás nervioso; tu sobreexcitación te hace verlo todo negro. Tú no conoces á la mamá de Luisa.

ANG. Felizmente.

MAN. No sabes cómo será, y á juzgarla por su hija no puedes formar de ella mala opinión. Además, yo te lo aseguro, no todas las suegras son temibles; yo he conocido algunas apreciabilísimas.

ANG. Para ti. Pregunta á sus yernos.

MAN. Vamos á ver, enséñame su retrato. Por la fisonomía podré formar idea... Acaso te tranquilice. Si tiene la nariz de pico de loro, tiembla. Son las más temibles. Anda, enséñame el retrato.

ANG. No lo tenemos. Es decir, Luisa guarda uno de cuando tenía veinte años, una miniatura .. No se puede formar idea.

MAN. Juzguémosla por su estilo. ¿No tienes alguna carta suya?

ANG. Las guarda Luisa; pero á juzgarla por ellas tiene un carácter bellísimo, conciliador, y mucho talento. Pero no me fío, no me fío.

MAN. Tan mala te la figuras, que, aun siéndolo, ha de parecerte buena.

ANG. ¡Ay, Manuel, mi desgracia es demasiado cierta! Yo he procurado evitarla á todo trance, escribiendo á esa señora que aquí todavía helaba por las noches, que este clima le sentaría mal; pero, nada, se empeñó en ver á su hijita, y no ha habido medio de disuadirla.

MAN. Y es muy natural.

ANG. Muy natural, sí; pero muy horrible. Oye, voy á pedirte un favor.

MAN. Dí.

ANG. Quédate á almorzar con nosotros, así al menos contaré con un apoyo; no tendré tanto miedo.

MAN. Pero, chico, yo no conozco á esa señora, y así en este traje...

ANG. ¿Qué importa?
MAN. Para contigo nada; pero con ella... Voy á casa, me arreglo un poco y vuelvo.
ANG. Bueno, y en cuanto almorcemos dices que necesito salir y nos vamos.
MAN. Así lo haré.
ANG. ¡Cuánto te lo agradezco!

ESCENA V

DICHOS, CRIADO; después el DOCTOR

CRIADO Señorito...
ANG. ¡Ay! Ya está ahí.
CRIADO El señor de Aguirre.
ANG. (Respiro.) Que pase. Es nuestro médico.
DOCT. ¿Cómo va por aquí? ¿Qué tal está Luisa?
ANG. Bien; muchas gracias, doctor. Siento que hayan molestado á usted inútilmente porque ya me encuentro más aliviado.
DOCT. No sabía que estuviese usted enfermo... A ver el pulso. Saque usted la lengua.
ANG. No, si ya me encuentro bien. Pero creí que Luisa había hecho que avisaran á usted.
DOCT. No, señor. Vengo á hacer á ustedes no visita de médico, sino de amigo.
ANG. Lo celebro, porque así será más larga.
DOCT. No me la agradezca usted. Ocho días hace que somos vecinos.
ANG. ¡Cómo! ¿Se ha mudado usted? Me alegro mucho.
DOCT. No, señor; pero desde hace una semana que vivo aquí al lado, en el hotel del marqués de Casanova. La marquesa, desde que sintió los primeros síntomas de alumbramiento, se empeñó en que me viniera á su lado, y aquí nos tiene usted con los dolores desde hace ocho días y sin acabar de salir del paso.
ANG. Pues es divertido.
DOCT. Figúrese usted. No quiere que me separe de allí. Ya cansado, y por tomar un poco el aire, me he venido á ver á ustedes. No pasará mucho tiempo sin que me llamen.

ANG. Pues tome usted asiento y charlaremos un rato.

MAN. Yo te dejo. Estaré aquí antes de media hora.

ANG. Vé con Dios.

MAN. Hasta luego. Beso á usted la mano. (Al Doctor.)

DOCT. Servidor de usted.

ANG. No te acompaño.

MAN. No faltaba más. (Vase.)

ESCENA VI

ANGEL y el DOCTOR

DOCT. ¿Quiere usted un cigarrito? (Angel lo toma y saca fósforos de la fosforera que habrá sobre el velador, encendiendo dos y dando uno al Doctor, quedándose con otro y sin encender el cigarro.)

ANG. (Preocupado.) (¿Tendrá razón Manuel? ¿No serán todas iguales? ¿Habrá alguna buena? ¿Será la mía?) ¡Caracoles! (Tirando el fósforo con que se ha quemado.)

DOCT. Parece que está usted distraído.

ANG. No, no señor; ¿me da usted fuego? (Se lo da y enciende. Pausa, durante la cual, los dos echan el humo mirándolo subir distraídos.)

DOCT. ¿Qué tiempo tan hermoso, eh?

ANG. Sí, señor, sí. (Pausa lo mismo que antes.)

DOCT. ¿Piensa usted salir este verano?

ANG. ¿Eh? No, no señor. (Pausa. Aparte.) (¡Ay! ¡No tendrá razón; será como todas!)

DOCT. ¿Y qué hay de política?

ANG. (Distraído.) ¿De política?... (Sombrío.) ¡Mamás!

DOCT. ¿Cómo mamás?

ANG. (Procurando reirse.) ¡Ah! Dispense usted, Doctor; no sé lo que digo; tengo la cabeza á pájaros.

DOCT. (A este joven le pasa algo.)

ANG. Hablemos de cualquier cosa: necesito distraerme: le agradezco á usted mucho la visita.

DOCT. Hablemos de lo que usted quiera, hombre. ¡Pues á fe que yo soy amigo de estar calla-

do! Capaz soy de hablar lo mío y lo ajeno. ¿De qué quiere usted que hablemos? Vamos, ya estoy empezando.

ANG. De algo que me distraiga. De toros. ¿No es usted aficionado á toros?

DOCT. Aficionado antiguo. Antiguo, desgraciadamente. Por eso ya no tengo tanta afición. Ya no hay toreros, ni toros, ni nada.

ANG. ¿Y cómo usted, una persona de tan buen juicio, es amante de esa diversión bárbara?..

DOCT. Soy médico, y allí se va á ver matar. ¡Algo se aprende!

ANG. ¡Siempre tan bromista!

DOCT. ¡Qué remedio, hombre, qué remedio! Así se pasa la vida Pues, sí, señor; ya no hay toros, ya no hay toreros. Quien como yo ha visto al Chiclanero y á Montes.. ¡aquellos eran toreros, aquellas eran estocadas; siempre en su sitio! Y luego los recursos cuando salía un bicho que pegaba; hoy los lidiadores no tienen recursos; ¡qué han de tener recursos!—Pero, señor don Angel, observo que usted atiende á todo menos á lo que digo. Usted está preocupado, á usted le pasa algo.

ANG. Sí, Doctor, sí. Y voy á decírselo á usted; yo necesito decírselo á todo el mundo. Yo quiero saber la opinión de usted.

DOCT. ¿Mi opinión?

ANG. Sí, señor; su opinión acerca...

DOCT. ¿De los toros?

ANG. No, de las suegras.

DOCT. (Riendose) ¡Hombre, es gracioso!

ANG. No crea usted que lo digo en broma. Le suplico á usted que me dé su opinión sobre el asunto.

DOCT. Nadie más perito que yo en la materia, porque he tenido cuatro.

ANG. ¡Cuatro!

DOCT. Tantas como mujeres; todas ellas tenían madre.

ANG. ¿Pero ha sido usted cuatro veces casado?

DOCT. Cuatro.

ANG. ¿Y ha vivido usted con ellas?

DOCT Con ellas.

ANG. (Estrechándole la mano.) ¡Valiente! ¡Valiente!

DOCT. Mis mujeres, ¡pobrecillas! todas murieron; pero de mis suegras viven todavía tres.

ANG. ¡Si no se mueren nunca!

DOCT. En cuanto á mí, aseguro á usted que no he sido desdichado por ellas.

ANG. ¿No?

DOCT. No, señor. Pero ha consistido en la manera de tratarlas.

ANG. Explíqueme usted eso.

DOCT. A todas las he llegado á dominar.

ANG. ¿Pero cómo?

DOCT. En pocas palabras le explicaré á usted mi método. Voy á hacer á usted una revista de la lidia que sostuve con ellas. Estilo tauromáquico: Escuche usted. La primera se llamaba doña Gabriela, y era de buena ganadería. Salió al redondel del matrimonio boyante y con muchos pies. Le paré con dos recortes, recibió varios *puyazos*, se creció al castigo y le planté un par de banderillas al *cuarteo*, rematándola de un volapie en las tablas. La segunda, doña Benita, conocía el engaño y buscaba el bulto. La aplomé con seis verónicas y una navarra, estilo Cayetano, capeo fino. Aguantó nueve varas, dándome un revolcón sin resultados; le colgué dos pares de rehiletes, y después de tres pases de pecho y diez naturales, la hice humillarse de una baja arrancando. La tercera, doña Venancia, de muchas libras, ojo de perdiz, recelosa y huida, no entró á la puya, y tuve que ponerle banderillas de fuego. Y la cuarta y última, doña Paca, *berrenda en colorao*, listona, capirota, botinera y bizca del derecho Recargaba en las suertes; le puse un par al sesgo, tuve una cogida sin consecuencias, y después de un trasteo de primer orden, la rematé de una por todo lo alto, *recibiendo*. Resumen: el ganado bravo y de sentido, la lidia notable, la presidencia acertada.

ANG. De todo eso lo único que saco en limpio es que todas ellas eran atroces.

DOCT. Sí, señor; pero, á pesar de todo, si encuentro mujer que me agrade, me caso por quinta vez

ANG ¿Aunque tenga madre?

DOCT. Aunque la tenga. La tomaré como toro de gracia... y se la dejaré al *sobresaliente*,

ANG. ¡Ay! Dichoso usted, que puede echar á broma una cosa tan seria.

DOCT. ¡Pues hombre, si fuera uno á tomar en serio las cosas de la vida, aviado estaba!

ANG. ¡Ay! (Levantándose.)

DOCT. ¿Qué?

ANG. Ha parado un coche.

DOCT. Creo que sí

ANG. ¡Ella es! ¡Dios mío!

DOCT. ¿Quién?

ANG. ¡Mi suegra, que viene de Sevilla! ¡Mi suegra, á quien voy á conocer en este momento! (Se deja caer en un sillón.) ¡Sí, ellas son!

DOCT. Pero hombre, le va á llamar á usted grosero. Salga usted á recibirla.

ANG. (Levantándose y yendo hacia el foro.) Tiene usted razón, voy á recibirla, sí

DOCT. Oiga usted, si no puede usted *recibirla*, *aguántela* usted. (Vase Angel.)

ESCENA VII

El DOCTOR

Me parece que este hombre no tiene ánimos para la lidia. Le compadezco si no toma á tiempo el olivo.

ESCENA VIII

DICHO. — LUISA. — ANGEL. — DOÑA CLARA. — DOÑA JUANA
Luisa trae del brazo á doña Clara y doña Juana. Angel entra detrás

LUISA (Dentro.) ¡Que pongan ahí los equipajes!

DOCT. ¡Señoras!...

LUISA Adiós, doctor, ¿cómo está usted? ¿Qué tal ha encontrado usted á Angel?

DOCT. Muy bueno.

ANG. (Sí, muy bueno.)

LUISA ¡Aprensión es lo que tiene! ¡Ya se lo dije yo. Tengo el gusto de presentar á usted á mamá! (*Presentándole á doña Clara.*) El doctor Aguirre, nuestro médico.

DOCT. Y muy servidor de usted, señora.

CLARA Gracias.

LUISA Y esta señora (*Por doña Juana.*) es, como si dijéramos, mi segunda madre. Me ha conocido desde que levantaba yo tanto así del suelo... ¿Es verdad?

JUANA Sí, es verdad. (*Sonriéndose.*)

LUISA Siéntense ustedes.

DOCT. Yo, con su permiso...

ANG. (No se vaya usted.)

LUISA Voy á quitar á ustedes los sombreros. (*Le quita el suyo á doña Juana. Doña Clara con los quevedos puestos observa impertinentemente todos los objetos que hay en la habitación.*)

ANG. (*Al Doctor.*) (¿Qué le parece á usted?)

DOCT. (Boyante y de buen trapío.)

LUISA (*A doña Clara.*) ¡Siéntese usted... mamá!

ANG. (¡Usted!) (*Acercándose á Luisa.*) (¿No me habías dicho que la tratabas de tú?)

LUISA (Se incomoda, y por eso...)

ANG. (¡De usted! Sistema antiguo: suegra Calomarde.)

JUANA Me parece muy alegre esta casa... y muy lindo el jardín. No echaremos de menos Andalucía...

CLARA Sí, no es fea.

LUISA Ustedes traerán apetito. Daré orden de que adelanten la hora del almuerzo.

ANG. Te advierto que Manuel nos acompañará... ha dicho que vendría pronto.

CLARA ¿Y quién es Manuel?

ANG. Un amigo.. mío...

LUISA ¿Y usted... doctor, no quiere almorzar con nosotros?

DOCT. Bien, almorzaré, si antes no vienen á avisarme, porque la Marquesa. .

LUISA (Al criado que entra.) Que dispongan el almuerzo y que avisen cuando esté. Que pongan dos cubiertos más. (Vase el criado.)

ANG. (Mirando de reojo á doña Clara.) ¡Y qué buena está para la edad que tiene!

CLARA Observo, hija mía, que tu esposo no ha de perderse por lo charlatán.

ANG. Yo... no...

CLARA Vamos, hombre, ya ha soltado usted dos palabras. Algo es algo. Pues en mí va usted á encontrar el reverso de la medalla. En eso no se me parece mi hija.

ANG. (Ni en nada, por lo visto.)

CLARA ¿Se ha incomodado usted por lo que he dicho?

ANG. Yo, señora...

CLARA Francamente, he notado que está usted así como con disgusto. Sentiría que mi venida fuera la causa...

ANG. ¡Por Dios!

LUISA No, mamá; ¿por qué? Al contrario. ¿No es verdad, Angel?

ANG. Sí, al contrario.

CLARA Como le veo á usted tan retirado, con ese gesto y sin decir esta boca es mía... ¡Hombre! Bien podía usted preguntarnos siquiera qué tal viaje hemos traído.

ANG. ¡Ah! Sí; dispense usted. (Transición.) ¿Y qué tal... viaje han traido ustedes?

JUANA Excelente.

CLARA Regular. Venía con nosotros un matrimonio joven, dos chiquillos así como ustedes, y la mamá de ella, que por lo visto es una infeliz. ¡Bonito papel ha venido haciendo todo el camino! ¡Para que yo les hubiera sufrido tanta inconveniencia! Los matrimonios jóvenes no quieren convencerse de lo precisa que les es la autoridad de una madre, de una verdadera cabeza de familia, que les guíe, apartándoles de los abismos adonde su inexperiencia puede conducirlos, y les dé consejos útiles en todas las cuestiones que ellos no puedan resolver fácilmente. ¿No piensa usted como yo? (Mientras doña Clara

dice lo anterior, Angel, asustado, da con el codo al Doctor varias veces.)

ANG. Sí; sí señora. (Ay, doctor!)

DOCT. (Está muy brava; necesita muchos *recortes*.)

CLARA Me figuro que usted tendrá formada de las suegras una opinión semejante á la que tiene la mayoría de los casados. La suegra es un ser insoportable, una espía del marido, una mujer que se mete en todo, que no encuentra nada á su gusto.

ANG. Yo...

CLARA Un tirano con faldas, cuyo dominio es necesario esquivar á todo trance. ¡No me diga usted que no! Pues bien, yo traigo el propósito de convencer á usted de lo contrario y de que ame á su suegra como debe amarla todo yerno cariñoso. ¿Tiene usted prevención contra mí? ¡Yo la desvaneceré! Y basta de sermón. Luisa, hija mía ven acá, siéntate á mi lado. (Luisa se sienta junto á doña Clara.) ¿Sabes que te encuentro mucho más delgada que la última vez que nos vimos? Pero mucho más delgada. ¿Te sientes mal? ¿Tienes algún disgusto? Cuéntamelo todo, no ocultes nada á tu madre.

LUISA Nada le oculto á usted. Soy completamente feliz.

CLARA Dios lo quiera. (A Angel) No se ofenda usted por lo que voy á decirle.

ANG. Es usted muy dueña...

CLARA No acabo de creer lo que Luisa me dice.

ANG. Señora...

LUISA ¡Mamá!

CLARA Las mujeres suelen ocultar á sus madres los defectos de sus maridos, para que ignorándolos, les tengan en mayor aprecio del que merecen. Tengo en Sevilla una amiga que no puede ser más desventurada con su esposo, y cuando su madre, con el interés que naturalmente ha de inspirarle su hija, la pregunta si es dichosa, ella contesta como Luisa: ¡Soy completamente feliz! ¡Mi marido es el hombre más cariñoso del mundo! Y como este ejemplo puedo citar á usted va-

rios. Por eso no extrañe que me permita dudar de lo que Luisa dice. ¡Los hombres son ustedes muy malos, pero muy malos!

ANG. Muchas gracias.

DOCT. Muchísimas gracias.

CLARA Hablo en general.

DOCT. Pues por eso contestamos los dos. (Hombre, échela usted un capote.)

ANG (¡No la resisto ni veinticuatro horas!)

CLARA ¿Y por cuánto tiempo han alquilado ustedes este hotel?

LUISA Por dos años.

CLARA ¿Y piensa usted pasar aquí el invierno?

ANG. Sí señora.

LUISA Angel es tan aficionado al campo...

CLARA Pues es una locura, no puede sentarte bien, es imposible

ANG. Señora, el médico opina lo contrario.

CLARA Yo respeto la opinión de usted. Pero no me negará que suelen equivocarse con frecuencia.

ANG. (¡Qué imprudente!)

DOCT. Cierto es que por desgracia no siempre acertamos.

CLARA Yo no comprendo esta moda de vivir en los alrededores de la población Esto es no disfrutar ni del campo ni de Madrid.

ANG. Yo opino lo contrario, que así se disfruta de ambas cosas.

JUANA A mí me parece lo mismo.

CLARA Tengo la desgracia de no encontrar nunca nadie de mi opinión.

ANG. (¡Cómo serán sus opiniones!)

CLARA (Que se ha levantado y mira el jardín por la ventana.) ¡Hombre, qué fuentecita!

LUISA ¿Ves qué linda?

CLARA Sí, muy linda para coger junto á ella unas tercianas.

ANG. (¡Cuotidianas van á ser las mías!)

DOCT. (¡Es de Miura!) (A Angel.)

CLARA Hija, qué gusto tan detestable habéis tenido para los muebles de esta habitación. ¿Quién los ha elegido?

ANG. Yo, señora.

CLARA ¡Me lo figuré! ¡Son horribles!

JUANA A mí me parecen muy bien.

ANG. Muchas gracias.

ESCENA IX

DICHOS, un CRIADO y MANUEL

CRIADO El señor Ortega.

ANG. Ya está aquí Manuel.

MAN. Sentiré haberme hecho esperar. Luisa... (Saludándola.)

LUISA (Presentándola á doña Clara.) ¡Don Manuel Ortega, mamá!

CLARA (¡El!

MAN. (¡Ella!)

JUANA ¿Qué es esto?

CRIADO Cuando ustedes gusten: ya está el almuerzo. Señor Aguirre, que vaya usted inmediatamente á casa del señor marqués.

DOCT. ¡Gracias á Dios! A ver si ahora salimos del paso Señoras, muy venidas. Adiós, Luisa. Siento no almorzar con ustedes. Si puedo vendré á tomar el café.

LUISA Adiós, doctor.

MAN. (¡Es ella, no hay duda!

CLARA (¡No hay duda, es él!)

LUISA A la mesa. (Angel ha ido á dar el sombrero al Doctor.)

CLARA (A Angel.) Vamos, hombre, ofrézcame usted el brazo, sea usted fino.

ANG. ¡Sí .. voy! (Doctor!...) (Dándole el sombrero.)

DOCT. (¡Prepare usted un golletazo!) (Manuel lleva del brazo á Luisa y doña Juana. Angel da el suyo á Clara y esta se lo lleva casi arrastrando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

DOÑA CLARA, DOÑA JUANA, EL DOCTOR, ANGEL y MANUEL sentados.—LUISA, sirviéndoles el café

LUISA (A doña Juana.) ¿Con leche?

JUANA Sí, un poquito.

LUISA (A doña Clara.) ¿Y usted?

CLARA Yo solo.

LUISA (A Manuel.) ¿Y usted también?

MAN. Sí señora.

ANG. Y yo también.

LUISA Tú no debes tomarlo puro. ¿Verdad, doctor? Si apenas ha almorzado.

DOCT. Es lo mismo.

LUISA Va á hacerte daño, no te lo doy.

CLARA Haces muy mal. Que lo tome como quiera. No es ningún chiquillo; si le hace daño que se aguante; dáselo puro.

ANG. (A Luisa muy marcado.) ¡Con leche!

LUISA ¡Ay! ¡Se me ocurre una idea! Vamos tomarlo al jardín.

JUANA (Levantándose.) Bueno.

ANG. Me parece bien. (Se levantan todos.)

CLARA ¡Excelente idea con este sol que hace! La más apropósito para coger un tabardillo!

ANG. (¡Dios me dé paciencia!)

DOCT. (A sentarse don Angel.) (Se sienta. Los demás hacen lo mismo.)

LUISA Bueno, lo tomaremos aquí.

MAN. (Aparte á Angel.) (Tenemos que hablar.)

ANG. (Busca un pretexto para que nos vayamos.)

MAN. (Necesito estar aquí.)

ANG. (¡Tú!)

MAN. (Sí; ya te explicaré.)

LUISA (Al Doctor.) ¿Y cree usted que la marquesa saldrá hoy de su cuidado?

DOCT. No lo sé, hija; yo ya voy temiendo que no va á salir nunca.

LUISA ¡Pobre señora!

DOCT. ¡Llevo una semana divertida!

LUISA Lo comprendo.

CRIADO De parte del señor marqués que vaya usted inmediatamente. (Al Doctor.)

DOCT. (Dejando la taza y levantándose.) ¿Lo ven ustedes? Ni tomar café me dejan. Adiós, señoras. Y probablemente para nada. (Vase.)

ESCENA II

DICHOS, menos el DOCTOR

CLARA No pierde nada con no tomarlo; es un café detestable. (Dejando la taza.)

LUISA ¡Mezcla de moka y caracolillo!

CLARA Será que esté muy tostado.

ANG. (Yo sí que voy estando tostado.)

CLARA (A doña Juana.) ¿Por qué no bajas á dar una vuelta por el jardín, tú que eres tan aficionada á las flores? Puede acompañarte ese cababallero, (Por Manuel.) y así hablaremos nosotros de algunos asuntos de familia con los cuales temo molestar á ustedes.

ANG. (Es hasta grosera.)

MAN. Señora, yo tendré mucho gusto en acompañar á usted. (A doña Juana.)

ANG. Pero van á coger un tabardillo con el sol que hace.

CLARA Bajo los árboles hay sombra.

ANG. (Para tomar el café no la había.)

JUANA Daremos un paseito. Hasta luego.

LUISA Adiós.

MAN. (Después de darle el brazo.) Hasta después. (Vanse.)

ANG. Yo voy con ustedes también.

CLARA Suplico á usted que se quede. Tenemos que hablar. (Salen doña Juana y Manuel.)

ESCENA III

DOÑA CLARA, LUISA y ANGEL

ANG. (¡Santo Job! ¡Santísimo Job! ¡Préstame tu paciencia!)

CLARA (Se sienta.) Sentémonos. (A Angel.) Observo, hijo mío, que como yo sospechaba, me mira usted con la misma prevención que abrigan todos hacia su suegra.

ANG. Yo...

CLARA Es inútil negarlo: tengo un golpe de vista que no me engaña nunca.

ANG. Pero...

CLARA No me importa Usted ha formado de mí una idea equivocada.. no me importa tampoco. Sé que mis palabras van á disgustará usted... tampoco me importa nada. Vengo dispuesta á que esto no siga así.

ANG. Y dígame usted, señora, ¿qué es esto?

CLARA Esto es la vida anómala que estamos haciendo: esta separación no puede continuar, yo quiero vivir al lado de mi hija, quiero velar por ella.

ANG. No lo necesita, señora.

CLARA Sin embargo, yo quiero vivir aquí, y vengo completamente decidida á ello.

ANG. (Esta es la más negra.) (Saca un cigarro puro.)

CLARA Usted no me conoce, hijo mío, si piensa que yo voy á meterme en nada. De ningún modo. Ustedes serán independientes y yo también. Soy enemiga de ocuparme en lo que no me importa, y además comprendo que á cada edad hay que darle lo que le corresponde. ¿Qué está usté haciendo?

ANG. Señora, encendiendo un cigarro.
CLARA ¡Pero usted fuma!
ANG. Sí, señora.
CLARA ¿Y tú le permites que fume?
LUISA Sí.
CLARA Tire usted ese cigarro.
ANG. ¡Señora!...
CLARA (Cogiéndoselo de la mano.) ¡Y fuma usted brevas! ¡Gastará un dineral en humo! (Tira el cigarro.) Veinte años estuve casada, y ni una vez se permitió mi esposo fumar un mi presencia!
LUISA (A Angel.) (¡Calla, por Dios!)
ANG. (¡Aquí va á armarse algo muy gordo!)
CLARA Iba diciendo que yo, aunque viva con ustedes, no me meteré en nada.
ANG. Sí; eso iba usted diciendo.
CLARA Ahora bien; si yo notase algo inconveniente, mi obligación, como madre cariñosa, sería no tolerarlo. Vamos á ver. ¿Cuánto da usted mensualmente á Luisa para sus gastos particulares?
ANG. Lo que le hace falta.
CLARA ¡Qué! ¿No le tiene usted asignada una cantidad fija? Eso no puede seguir así. En toda casa donde hay arreglo, la mujer sabe á qué atenerse y gasta acomodándose á lo que tiene. Dada la posición de usted, su mujer necesita dos mil reales al mes para sus gastos.
ANG. (¡Caracoles.)
CLARA ¿Y usted, cuánto gasta?
ANG. Qué se yo cuánto gasto.
CLARA Bien; no crea usted que yo no me pongo en lo regular: sé que los hombres tienen compromisos, y no quiero que usted quede mal en ninguna ocasión. Le señalo á usted tres duros mensuales.
ANG. (Procurando reir.) ¡Qué bromista es usted!
CLARA ¡Cómo bromista! ¿Pero usted echa á broma lo que le digo?
ANG. ¿Cómo he de tomarlo?
CLARA ¡De veras y muy de veras! ¡Pues me gusta! La cosa es muy seria.
ANG. ¡Y tan seria!
CLARA ¿Y quién de ustedes maneja los fondos?

ANG. ¡Yo!

CLARA ¡Ah! ¡Usted! ¡Y tú se lo toleras! ¡Ah, caballero, bien se conoce que se ha casado usted con Luisa, que es un ángel; con mi hija, que tiene el carácter tan dulce como el mío, que lo sufre todo! Pero si hubiese usted dado con una de esas mujeres que comprenden en lo que consiste el bienestar de un matrimonio, que saben que el dinero en manos del marido es un peligro constante para la felicidad conyugal, no tendría usted la llave de la gaveta. Porque, vamos á ver, ¿qué objeto tiene usted al apoderarse de ella? Disponer á su antojo del dinero, derrochar con sus amigos lo que después hará falta en su casa, alimentar vicios, sostener acaso alguna mujer...

ANG. Señora... (¡Yo no aguanto más!)

LUISA (Prudencia, Angel. ¡Ténla por mí!)

CLARA Vamos, veo que le he convencido á usted. Me alegro Desde hoy te encargas tú de los fondos, hija mía. Así me gusta, es usted hombre razonable...

ANG. Pero...

CLARA Continúo. Otra de las calamidades que afligen al matrimonio, son los amigos del marido. Ya he visto que tiene usted un amigo, ese que acaba de salir. ¿Tendrá usted algún otro?

ANG. ¡Señora, muchísimos!

CLARA Pues yo vengo dispuesta á cortar de raíz tales abusos. Los amigos del marido no sirven para nada bueno. No admito réplicas. El mejor esposo, el ménos aficionado á divertirse, el más amante de su mujer, cae al abismo arrastrado por sus amigos. Cuando el hombre se casa debe separarse de todo aquello que represente su vida de soltero; y así como destruye la correspondencia de sus antiguas amantes, así como rompe todos los recuerdos de amor para consagrarse á su esposa, así también ha de renunciar á todas sus amistades, nacidas entre el desorden de la vida de soltero. Usted debe desde ahora

crearse amigos nuevos, personas formales, de su mismo estado, pero de más edad. Porque... vamos á ver. Voy á poner á usted un ejemplo práctico.

ANG. (Esta mujer me marea.)

CLARA Está usted con su esposa. Es una tarde de invierno; hace mucho frío; ella no tiene gana de salir, usted tampoco. La lluvia azota los cristales, el fuego chisporrotea; todo brinda á pasar la tarde en casa. Usted es feliz al lado de su mujer; no parece sino que un rayo de la luna de miel los ilumina. De pronto llega un amigo de usted, un amigo como ese que estaba aquí y le dice... ¿Cómo se llama usted?

ANG. ¡Angel, señora! ¿No lo sabe usted? (A Luisa.) ¡No sabe *mamá* cómo me llamo! ¡Angel! (¡Y tan Angel!)

CLARA Sí, no recordaba. Pues bien, le dice: Angel, vámonos á dar una vuelta .. Y usted dice, hombre, no pensaba salir. ¿Y qué te haces aquí toda la tarde? Ya lo ves. ¿Pero hombre, no te aburres de estar aquí metido todo el el día? Usted contesta: *¡Pché!*—Vamos, anímate, vente un rato al Casino; y usted se levanta y deja á su mujer y se marcha con su amigo. Llega la hora de comer y el amigo dice: no vayas á casa, comeremos en Fornos. Y usted contesta: no, no, me espera Luisa... y él exclama: ¡parece que estás cosido á pespunte á tu mujer! Y usted, porque no crea que está cosido á pespunte, come con su amigo en Fornos, y después se van ustedes al teatro, y luego Dios sabe á dónde, y viene usted á casa á las tantas de la mañana. Y en tanto su pobre esposa le aguarda impaciente, teme que le haya sucedido una desgracia, gime, llora, se desespera. (Pasando por delante para abrazar á Luisa.) ¡Ay hija mía! Y para esto te has casado! ¡Para unirte á un hombre que te deja abandonada, pobre hija mía!

ANG. Pero señora...

CLARA Nada, nada, se suprimen los amigos. (Con la mayor naturalidad.)

ANG. Señora, si se ha figurado usted que voy á tolerar ese ridículo dominio que pretende ejercer sobre nosotros, le advierto que se ha equivocado por completo. Yo en mi casa haré lo que me parezca conveniente (Luisa le tira del batín y Angel se lo hace soltar repetidas veces.)

CLARA ¿Caballero, que manera de hablar es esa?

ANG. La manera más franca y más oportuna después de escuchar á usted.

CLARA Es decir que no admite usted consejos de nadie, que quiere vivir á su antojo, libre como antes de casarse, entregado á todos los excesos...

ANG. Señora...

LUISA (¡Calla por Dios!)

CLARA No tiene usted la culpa, sino Luisa que lo sufre, y que por lo visto le ha dejado hacer en todo su santísima voluntad; pero yo le prometo que de hoy en adelante no será así. Felizmente he llegado á tiempo de evitar desgracias mayores. Luisa, tú no puedes tolerar lo que está pasando.

LUISA ¡Pero si no pasa nada, mamá!

CLARA Pasará. Ya he conocido á este caballero, ya veo que es capaz de todo, ya comprendo por qué estás tan desmejorada, adivino los malos ratos, comprendo el abandono en que vives. ¡Tú eres muy desgraciada, hija mía!

ANG. ¿Oyes, Luisa?

LUISA No, mamá.

CLARA ¡Oh! ¡Lo comprendo todo! ¡Pobre hija mía! ¡Pobre mártir! (Pasando como antes para abrazarla.)

ANG. ¡Señora, por los clavos de Cristo!

CLARA Yo no puedo ver esto, no puedo. Hoy mismo me vuelvo á Andalucía.

ANG. ¡Vaya usted bendita de Dios!

CLARA ¡Ah! ¿Conque quiere usted que me vaya? Pues no me voy.

ANG. (¡Dios mío!)

CLARA Pero sí, me voy, me voy. No quiero verte sufrir. ¡Qué boda tan desgraciada! Me marcho hoy mismo. ¿A qué hora sale el primer tren?

ANG. A las siete y cuarenta y cinco.

CLARA (Llorando.) Quédese usted sacrificando á esta víctima, y tenga la seguridad de que no he de verla más en mi vida. ¡Me voy para siempre!

ANG. ¡Qué felicidad!

CLARA (A Luisa.) Llora, llora. (Luisa finge llorar.)

LUISA ¡Ay Dios mío!

ANG. ¿Por qué lloras?

CLARA ¿Lo ve usted? La va usted á matar á disgustos.

ANG. ¡Hágame usted el favor de callar!

CLARA (Llora más fuerte.) (Luisa lo hace.)

ANG. ¡Por Dios, Luisa!

CLARA Ahí tiene usted las consecuencias de su conducta.

ANG. ¡Señora, es usted un demonio!

CLARA Hija mía, que insulta á tu madre.

LUISA (Llorando más.) ¡Ay, ay, ay!

ANG. ¿Qué es eso? ¿Te pones mala?

LUISA (En voz muy baja.) (No te asustes, me ha dicho ella que lo finja.)

ANG. (¡Canastos!)

CLARA Yo no puedo ver esto.

ANG. Yo no puedo verla á usted.

LUISA (Riendo á carcajadas.) ¡Já, já, já, já!

ANG. ¡Y te ríes!

CLARA ¡Risa nerviosa! ¿Lo ve usted? ¡La va á matar en cuatro dias!... No puedo ver esto, me voy ahora mismo.

ANG. Vaya usted enhorabuena.

CLARA ¡Es usted un infame!

ANG. ¡Y usted una suegra!

(Los dos párrafos siguientes deben decirse á un tiempo.)

CLARA Le aborrezco á usted, no puedo verle. Le odio. ¡Ay, qué boda tan infeliz! ¡Ay, qué hombre, qué hombre, qué hombre!

ANG. Vaya usted con Dios y no vuelva. ¿Por qué ha venido usted? ¿Para qué ha venido usted? ¡Qué mujer, qué mujer, qué mujer! (Vanse cada uno en dirección contraria. Luisa, al verlos salir suelta ya francamente la carcajada.)

ESCENA IV

LUISA. Luego ANGEL

ANG. (Asomando con precaución la cabeza.) ¿Se marchó?
LUISA Sí.
ANG. Luisa, ya comprenderás que esto no puede tolerarse.
LUISA ¡Hijo, y qué remedio! ¡Es mi madre!
ANG. ¡Pues me gusta! ¡Conque es decir que estás dispuesta á sufrirla! Qué, ¿te parece natural que yo permita la repetición de escenas semejantes? No. De ningún modo: ¡no faltaba más!
LUISA Pero hombre, reflexiona...
ANG. No reflexiono. Ya estoy hasta aquí; me ha dado un disgusto gordo; pero el segundo, yo te juro que no me lo da. ¡No faltaba otra cosa! (Cogiendo el abanico que tiene Luisa y haciéndose aire con él.)

ESCENA V

DICHAS, DOÑA JUANA, MANUEL

JUANA Es precioso el jardín.
ANG. (¡Ah!) (Deja de pasear, pero sigue abanicándose.)
LUISA ¿De veras le ha gustado á usted?
JUANA Muchísimo, hija mía.
MAN. (A Angel.) ¿Qué es eso, tanto calor tienes?
ANG. Estoy ardiendo.
JUANA ¿Se siente usted malo?
ANG. No, no señora, muchas gracias. (Toca el timbre.)
MAN. (¿Dónde habrá ido?)
LUISA ¿Qué quieres?
CRIADO ¿Qué manda usted?
ANG. Un vaso de agua. (Vase el Criado.)
LUISA No, Angel, por Dios, no bebas ahora, estás sofocado y podrá hacerte daño.
MAN. ¿Pero de qué te has acalorado así?

LUISA (A doña Juana.) Ha tenido una cuestión con mamá.

JUANA Vamos, ya comprendo; su carácter, su carácter de siempre.

ANG. ¡Ah, señora! ¡Celebro que usted diga lo mismo! ¡Tiene un genio insoportable! ¡Eso no es mujer... eso es... eso es una suegra! ¡Bien lo decía yo! ¿Por qué no me habré casado con una huérfana?

LUISA Muchas gracias.

JUANA No, hijo mío, no diga usted eso. La suegra es una segunda madre.

ANG. Eso debe ser; pero no lo es.

JUANA ¿Pues no ha de serlo? Yo no me conceptúo una excepción, y soy, sin embargo, la madre de mi yerno. ¿Usted tiene madre?

ANG. No, señora.

JUANA Pues bien; en la de Luisa debe usted encontrarla Ella debe tratar á usted como hijo suyo... si no, ¿por qué le ha entregado su hija?

ANG. ¡Eso digo yo!

JUANA Mi amiga tiene mal carácter, es cierto...

ANG. ¡Insufrible!

JUANA Y habrá querido meterse en si ustedes viven de esta ó de la otra manera..

ANG. Exactamente.

JUANA Pues bien, yo evitaré todo eso; yo le haré comprender que su misión al lado de ustedes debe reducirse á estrechar más y más el lazo que les une, á calmar su encono, si lo hubiera, á disipar todas las nubes que obscurezcan el cielo de su dicha.. Vamos, cálmese usted, que no merecen estas ligeras rencillas el que usted se sofoque de ese modo. (Presentándole el vaso del agua.)

ANG. Gracias, muchas gracias. (Bebe.)

JUANA Fume usted un cigarro. (Dándole uno que coge de la cigarrera.)

ANG. ¿No le molesta á usted el humo?

JUANA Al contrario. (Dándole un fósforo encendido.)

ANG. (¡Qué simpática es esta señora!) Gracias, gracias.

JUANA Y tú, hija mía, ven conmigo. Vamos á calmar las iras de tu mamá.

LUISA Vamos. (Vanse.)

ESCENA VI

ANGEL, MANUEL

MAN. (Conteniendo la risa.) (¡Si él supiera.. infeliz! Le está bien empleado.)

ANG. (Mirando hacia la puerta por donde salió doña Juana.) ¡Pero qué simpática es esa señora! (Volviéndose á Manuel.) ¿Ves cómo yo tenía razón?

MAN. ¿En qué?

ANG. En decir que todas son iguales. No puedes figurarte la escena que aquí ha pasado hace un momento. Esa mujer es una fiera.

MAN. Calla, desdichado, no sabes lo que dices.

ANG. ¡Cómo! Puede que todavía quieras convencerme...

MAN. ¿Sabes quién es tu suegra?

ANG. Sí, un demonio.

MAN. Tu suegra es la mujer más encantadora de la tierra, la mujer de quien estoy enamorado con toma mi alma.

ANG. ¡Manuel! ¿Te has vuelto loco?

MAN. ¡Sí, Angel, sí, es ella, ella!

ANG. ¡Manuel!

MAN. Esa mujer de quien mil veces te he hablado; la viuda con quien hice un viaje desde Córdoba á Cádiz; la única mujer que me ha hecho pensar seriamente en el matrimonio.

ANG. ¡Jesús!

MAN. La misma. Yo necesito hablar con ella. No he vuelto á verla desde entonces. Ocho meses hace. Ella habrá creído que no la he buscado, que la he olvidado tal vez. No. Es preciso que sepa que la quiero como antes, más que antes...

ANG. Pero hombre, es imposible lo que estás diciendo.

MAN. Te juro que sí. ¡Cómo había yo de suponer que era esa señora tu suegra! Yo, que no soñaba sino con el momento de volver á verla! ¡Soy feliz, completamente feliz, abrázame!

ANG. Cálmate, Manuel, bebe un poco de agua.

MAN. ¿Pero no recuerdas que te he hablado mil veces de una viuda?...

ANG. Sí lo recuerdo... Una viuda que conociste en el tren y que trataste ocho ó diez días en Cádiz: me lo has contado cien veces

MAN. La misma. La reconocí al momento, y ella á mí.

ANG. ¿Pero te gusta de veras?

MAN. Me encanta.

ANG. ¿Y no te asusta su genio?

MAN. Al contrario.

ANG. Estás hablando en broma...

MAN. Te juro que lo digo con toda mi alma.

ANG. Una señora de sus años...

MAN. Cómo de sus años, si no tiene arriba de treinta y seis.

ANG. (Riéndose.) ¡Treinta y seis! ¡Ja, já, já, já! Treinta y seis, qué disparate!

MAN. ¡Cómo disparate!

ANG. ¡Cincuenta, Manuel, cincuenta! Ya ves si lo sabrá su hija...

MAN. ¡Ah! Sí, es cierto; debe saberlo su hija... Pero no me me importa aunque tenga cien años. No los representa; para el caso es lo mismo.

ANG. Eso es muy cierto. Está muy bien conservada; no te lo niego; es una suegra á prueba de bomba, una suegra que no se morirá nunca.

MAN. Pues tal atractivo tiene para mí, tanto la quiero, que hasta soy capaz de casarme con ella.

ANG. ¡Qué dices! ¡Tú mi suegro! Ya te aborrezco.

MAN. ¡Ah! Allí viene.

ANG. Escapo. No quiero verla.

MAN. Sí, vete, que deseo hablarla.

ANG. ¡Pobre Manuel! Eres más digno de lástima que yo. (Vase al jardín.)

ESCENA VII

MANUEL, CLARA

MAN. Ha fingido no conocerme. Veremos ahora.
CLARA (¡Ah! ¡Él!)
MAN. Señora..
CLARA ¿Y mi yerno?
MAN. Angel salió ahora mismo. Estoy enterado de todo. Deseo hablar con usted, Clara.
CLARA Caballero...
MAN. ¿Será posible que no se acuerde usted de mí? ¿Bastarán ocho meses de separación para olvidar al que ha jurado á usted que la amaría toda su vida?
CLARA Caballero, yo no puedo recordar al hombre que, después de jurarme un amor eterno, desaparece cuando menos se piensa y no vuelve á dar noticias de su persona. Voy á buscar á mi yerno. (Indica el mutis siempre que dice esto.)
MAN. Oigame usted y me perdonará de seguro. La última noche que vi á usted fué el veinticinco de Octubre, lo recordaré siempre. Aquella noche recibí un telegrama anunciándome que mi padre estaba gravemente enfermo.
CLARA ¿Está ya bien?
MAN. Sí, señora; gracias.
CLARA Me alegro. Abur.
MAN. Oigame usted, por favor. Acababa usted de salir para la Isla con sus amigos, y el tren para Sevilla iba á marchar. Yo no podía ver á usted. Me puse en marcha pensando escribirla en cuanto llegase á Madrid; pero en el poco tiempo que nos habíamos tratado, yo no sabía más que su nombre, su nombre, que no olvidaré nunca; pero no su apellido. A pesar de esto, puse el sobre de mi carta con su nombre y dirigido á la fonda en que usted se hospedaba.

CLARA — No he recibido esa carta.

MAN. — No es extraño. ¡Se pierden las que van con nombres y apellidos!... Pues bien; cuando mi padre estaba convaleciente, volví á Cádiz, sin más objeto que buscar á usted; no logré encontrarla y recorrí desesperado toda Andalucía.

CLARA — Ya no estaba allí. Me fuí al Norte.

MAN. — Desde entonces no hago más que pensar en usted. ¡Recuerdo sin cesar aquella noche en que se le cayó á usted un lazo del vestido, que yo guardé como una reliquia preciosa y que no me abandona nunca. Véalo usted aquí, sobre mi corazón (Sacando un lacito.)

CLARA — (Mirando de reojo) No quiero verlo. Eso no significa nada. (Pues es verdad.)

MAN. — Cómo olvidar aquella noche feliz en que á la orilla del mar, viendo sus olas transparentes que se deshacían en espuma á nuestros pies...

CLARA — ¡Poeta, poeta!

MAN. — Aquella noche me permitió usted que la *tutease*. ¿No se acuerda usted?

CLARA — No, señor. Voy á buscar á mi yerno.

MAN. — ¡Ah! No se vaya usted. Yo se lo suplico. Tenga usted fe en mis palabras... Yo la amo.

CLARA — ¿De veras?

MAN. — Con todo mi corazón.

CLARA — ¿Sí? Pues voy á buscar á mi yerno.

MAN. — ¡No le llame usted así! ¡Qué mal sienta ese nombre en sus labios, formados para pronunciar palabras dulces!

CLARA — (¡Ay, qué tunante!) Yo no puedo creer á usted; yo no soy ninguna niña para dejarme convencer de su constancia por unas cuantas frases que nada significan, y menos en boca de un poeta..

MAN. — ¡Oh! Yo la juro que mi felicidad sería escuchar otra vez las palabras que aquella noche me hicieron tan dichoso. Pronúncielas usted una vez siquiera; sepa que no me ha olvidado, que aún puedo esperar... (Cogiéndola una mano.)

CLARA — Pueden vernos; ten prudencia.

MAN. ¡*Ten!* Has dicho *ten*. ¡Bendita seas! ¡Te ~~amo, te idolatro~~!

CLARA Voy á buscar á mi yerno. (Yendo á la puerta.)

MAN. Soy tan dichoso, que me parece mentira. ¡~~Ten, ten~~!

CLARA Allí le veo. ¡Angel! ¡Angel! (Llamando.)

MAN. No le llames.

CLARA Es necesario que esto concluya.

MAN. ¡~~Ten! ¡Ha dicho ten!~~

ESCENA VIII

DICHOS y ANGEL, que entra fumando

ANG. (¿Qué me querrá?) Señora, ¿qué desea usted? (Echando grandes bocanadas de humo.)

CLARA ¡Y viene usted fumando!

ANG. Ya lo ve usted.

CLARA ¿Es decir que se ha propuesto no complacerme ni en lo más pequeño?

ANG. Me he propuesto ser el dueño de mi casa y hacer en ella todo cuanto me parezca conveniente. (Echándole humo á la cara.)

CLARA Está bien. Yo llamaba á usted para buscar una transacción que evitase disgustos mayores, y veo que se niega hasta á lo más razonable. Basta. Veo que no me es posible continuar bajo este techo; que tengo que abandonar á mi hija; abandonarla en poder de usted, que la hace desgraciada. ¡Oh! ¡Para qué habré venido á presenciar la desventura de mi hija! Me voy con el corazón destrozado por la pena. Usted será el responsable de mi muerte. ¡Porque yo me moriré, sí, me moriré muy pronto! ¡Ay, me pongo mala! (Acercándose á un diván fingiendo desmayo.)

MAN. (A Angel.) ¡Hombre, ten consideración!

ANG. Señora, usted sueña con desventuras que no existen; usted se ha propuesto sin duda sacarme de mis casillas juzgándome un tirano doméstico. ¡Luisa es feliz!

CLARA (Llorando.) ¡Pobre hija mía! ¡Cómo había yo de suponer que al casarla con usted la haría

tan desgraciada! ¡Ay! ¡Yo no sé lo que siento! ¡Yo me ahogo! (Cae en el diván como sin sentido.) ¡Ay! ¡ay! ¡El ataque nervioso!

ANG. ¡Señora! (Acercándose asustado.) Se pone muy mala cuando le da esto; Luisa me lo ha dicho. (A Manuel. Llama al criado; que avisen al Doctor. (Sale Manuel y vuelve á poco.) Señora, por Dios! ¡Beba usted!... ¡Beba usted! (Coge el tintero y le va á dar para que beba.) ¡Ay! ¡Si es el tintero! No sé lo que hago. Esta mujer va á volverme loco (Le echa agua en la cara.)

CLARA ¡Ay! (Extremeciéndose de veras)

MAN. (Saliendo.) ¿Vuelve?

ANG. Parece que sí. (Clara empieza á sollozar, y cuando Angel y Manuel están inclinados hacia ella, da un grito agudísimo que les asusta.)

CLARA ¡Ay! ¿Dónde estoy?

ANG. (La pregunta de siempre.) ¿Está usted mejor?

MAN. ¿Se siente usted ya bien?

CLARA Sí, señor, gracias.

LUISA (Dentro.) ¡Allá voy, mamá!

CLARA Luisa viene: que no se entere de esto. No quiero hacerla más desventurada.

ANG. Por vida de...

ESCENA IX

DICHOS, LUISA y DOÑA JUANA

CLARA Luisa, hija mía, ha llegado el momento de hablar con toda franqueza. Tu marido y yo no cabemos en una misma casa. Yo lamento la desdichada elección que has tenido al escoger por esposo á un hombre de sus condiciones. Pero como esto ya no tiene remedio y no me siento con fuerzas para soportar el espectáculo de tus desdichas... te dejo.

LUISA ¡Por Dios!

CLARA Es inútil que me supliques. Estoy decidida á ello.

LUISA ¡Angel!

ANG. Ya lo oyes, está decidida.

CLARA Esta separación eterna, porque será eterna... me parte el alma. Antes de marcharme, óigame usted y no olvide las palabras que por última vez le digo. (A Angel.) Yo le entregué á usted mi hija para que la hiciera dichosa. Ya que esto no pueda ser, procure usted á lo menos reprimir ese carácter violento é irascible.

ANG. (¡Tiene gracia esto!)

CLARA No olvide usted estas palabras de una madre que le ha hecho dueño de su tesoro más querido, de la hija de sus entrañas. ¡Ay, hija mía! (Abrazándola.)

MAN. (¡Hombre, no se te parte el corazón!)

ANG. (¡También tú!)

ESCENA X

DICHOS.—DOCTOR, que entra apresuradamente.

DOCT. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién me necesita?

ANG. ¡Nadie ya! Esta señora se puso algo indispuesta...

DOCT. ¿Y está usted ya bien?

CLARA (Llorando.) Sí señor, sí.

DOCT. (A Angel.) ¿Pero qué es esto?

ANG. (¡Que se va .. para siempre!)

DOCT. Sea enhorabuena. (Alguna banderilla bien puesta.) (Aparte.)

CLARA ¡No quiero prolongar más mi estancia aquí! Dame el sombrero. (A Luisa.) Vámonos al momento. (A doña Juana.)

JUANA (A Angel.) Yo deploro con toda mi alma...

ANG. ¿Pero qué? ¿Usted también se va?

CLARA Sí señor, se viene conmigo.

ANG. Yo no puedo permitirlo. (Haciéndola pasar á su lado.) Esta señora, si yo la dejase marchar así, podría creer como usted que yo hago á Luisa desgraciada. Necesito que esta señora no forme su opinión por la de usted; que me aprecie por sí misma, que me haga la justicia que merezco.

CLARA Mi amiga vendrá conmigo, por que yo lo mando. Disponte al momento.

JUANA — Yo...

ANG. — No se va usted. Ya es empeño mío, yo se lo ruego.

JUANA — En parte tiene razón...

CLARA — Bueno, me marcharé sola. Ya veo que no solo me roba usted el cariño de mi hija, sino el de mi amiga también. Es usted un hombre inicuo.

ANG. — ¡Señora!

JUANA — (Prudencia.)

CLARA — (*A doña Juana.*) Quédate, quédate á convencerte por tí misma de lo que es este hombre. No necesito que me acompañes. Usted me hará ese obsequio, ¿no es verdad, caballero? (*A Manuel.*)

MAN. — Con mucho gusto. (*Coge el sombrero y le ofrece el brazo, en el que ella se apoya.*)

CLARA — ¡Adiós, hija mía! (*La abraza.*) ¡Le aborrezco á usted, le detesto! ¡Es usted un monstruo! Si usara de mi genio no sé lo que le hacía, no lo sé. (*Amenazándole.*)

ANG. — (*A doña Juana.*) (¡Me pega, me pega!)

CLARA — ¡Pero me voy; me voy! (*Gritando.*) ¡Quiero tener prudencia! ¡No quiero dar un escándalo! (*Amenazándole.*)

ANG. — (Me pega, me pega.)

CLARA — Usted matará á disgustos á mi hija, y entonces... Yo sabré lo que he de hacer. (*Le da un empellón.*)

ANG. — ¡Me pegó! (*Vase rápidamente arrastrando casi á Manuel. Angel, que ha estado conteniéndose, va á la puerta y la cierra violentamente tras de doña Clara, colocando detrás dos sillas.*) ¡Gracias á Dios!

CLARA — (*Asomándose desde el jardín por la ventana.*) ¡Oiga usted! ¡Oiga usted!

DOCT. — (*A Angel que se acerca.*) (¡Que va á saltar la barrera!) (*Angel que se ha acercado á la ventana, se retira.*)

CLARA — ¡Le advierto que está usted encerrado con su suegra!

ANG. — ¡Cómo!

CLARA — ¡Que su suegra de usted no soy yo, sino esa señora!

ANG — ¡Qué dice!

LUISA } La verdad.
JUANA }

CLARA Abur.

ANG. ¡Señora, señora! Deténgase usted. ¡Explíqueme usted esto! (Abre la puerta y entran riendo doña Clara y Manuel.)

CLARA ¡Hombre, le hemos engañado á usted como á un chino!

ANG. ¿Es posible? ¡Usted mi suegra! (A doña Juana.)

JUANA No, tu madre, hijo mío (Abrazándole.)

LUISA Sí, Angel, sí; nuestra madre.

CLARA Como Luisa nos dijo la aversión de usted a las mamás políticas, hicimos esta farsa para que no empezase odiando á la suya.

ANG. ¡Ah! Sí: comprendo que es verdad. Usted no tiene cara de suegra. (A doña Juana.)

CLARA Hombre, gracias por la galantería.

ANG. Dispense usted... la sorpresa... no sé lo que digo.

CRIADO (Entrando.) Señor Doctor: de parte del señor marqués...

DOCT. Voy al momento. ¡No me dejan descansar!

CRIADO Que la señora marquesa acaba de dar á luz una niña con toda felicidad.

DOCT. ¡Cuando yo no estaba! ¡Y para esto me he pasado allí ocho días! Voy con permiso de ustedes.

CLARA Espere usted un instante.
(Al público.)

Yernos, apreciables yernos
que con la intención más negra
aseguraís que es la suegra
aborto de los infiernos,
hacedle justicia ya,
siquiera por compasión;
miradla sin prevención
y vuestra madre será.
Pues yo sé de buena tinta,
y se lo pruebo á cualquiera,
que no es la suegra tan fiera
como la gente la pinta.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

Un sarao y una soirée [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

El figle enamorado, sainete original, música del mismo maestro.

La mujer del prójimo, comedia en un acto y en verso, original.

De Madrid á Biarritz [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

Más vale tarde que nunca, proverbio original y en prosa, en un acto.

Perro, 3, 3.° izquierda [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡Chitón! [3], ídem ídem.

Un palomino atontado, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

Un cuarto desalquilado, pasillo cómico, original y en verso.

Se continuará, juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

Esperanza, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

Las medias naranjas [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

Eva y Adán, juguete cómico, original y en verso.

La hoja de parra, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

La gallina ciega, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

Levantar muertos [4], juguete cómico en dos actos y en prosa.

El domador de fieras [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

Doce retratos seis reales, pasillo cómico, original y en verso. (Quinta edición.)

León y leona, entremés, en prosa, original.

Cada loco con su tema, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

Los señoritos, comedia en tres actos, original y en prosa.

Los señoritos, refundida en dos actos.

La viuda del zurrador [5], parodia en un acto y en verso.

La clave [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

La mamá política, comedia en dos actos, original y en prosa.

La Marsellesa, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

La careta verde, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

El siglo que viene 2, zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

El año sin juicio, revista cómica, original, en un acto.

Los madriles, revista cómica, original, en dos actos.

Los sobrinos del capitán Grant, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

El empresario de Valdemorillo, revista cómica en dos actos, original.

El diablo cojuelo, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

El noveno mandamiento, comedia en tres actos, original y en prosa.

Las dos princesas, zarzuela en tres actos, arreglada del francés con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

Esto, lo otro y lo de más allá, revista cómica, original, en un acto.

Periquito 5, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva 5, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adiós, Madrid! 5, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! 5, refundida en dos actos.

De tiros largos 5, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

La primera cura 5, comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura 5, refundida en dos actos.

La calandria 5, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve 5, novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

Robo en despoblado 5, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

La tempestad, melodrama, original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Décima edición.)

La mujer del sereno, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La criatura, humorada cómica original, en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La almoneda del 3.° 5, comedia en dos actos, original y en prosa.

Papeles son papeles..., proverbio en un acto, original y en prosa.

Coro de señoras [5], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Golondrina, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

Los lobos marinos [5], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

El padrón municipal [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

La bruja, zarzuela en tres actos, y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El señor gobernador [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

El chaleco blanco, episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

El rey que rabió [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Zaragüeta [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

El bigote rubio, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

Agua, azucarillos y aguardiente, pasillo veraniego, original, en verso y prosa, música del maestro Chueca. (Cuarta edición.)

El espejo del alma, proverbio cómico en un acto y en prosa, original.

LIBROS

Colorín colorao... Cuentos en prosa. Un tomo de 332 páginas.

(EN PRENSA)

Zarzamora, novela.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó.
2 Idem íd., Coello.
3 Idem íd., Campo-Arana.
4 Idem íd., Blasco.
5 Idem íd., Vital Aza.

PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librerías.

